

notaba más que en nada en la lacha, porque les daba vergüenza de todo y más de lo que para otros era timbre de gloria y motivo de presunción y para ellas halago y orgullo de mujer, el dominio de su hombre.

Es de justicia decir que pasaba con ésta lo que con todas las modas, que más o menos todo el mundo picaba y se dejaba tufos o se ceñía los pantalones. Que estos hombres fueran vergonzosos no debe extrañar porque en general eran tímidos, timidez manifiesta incluso en la obstinación de sus decisiones y en la inhibición de su potencia sexual cuando más la habían menester.

No obstante, las alteraciones idiomáticas tal vez sean lo más demostrativo de la influencia madrileña en Alcázar, aunque distintas en su pronunciación, el tono de voz, el ademán y el accionar hablando.

Recordemos la palabra «golfo» en el sentido de «pillo» y «vagabundo». Se introdujo tanto en el pueblo que llamó al barrio de la Estación el de los golfos e hizo prohibitivo, entre las familias de «postín», el paso de sus hijos más allá de la Puerta de Villajos. Las palabras «gol-fante», «golfería», «golferancia», etc., eran de uso corriente y en las conversaciones de los hombres se oía decir que iban de golfas. Las personas se apostrofaban entre sí aplicándose ese calificativo como el colmo de la injuria: «qué puede extrañar de ese golfo», «qué se puede esperar de Fulano si es un golfo». Hasta a los perros que vagabundeaban por el muelle se les aplicaba ese calificativo. «Gilí» en el sentido de tonto fué otra expresión que hizo furor hasta entre los chicos. Serlo o parecer gilí se toma como signo de poca agudeza mental: «¡ay!, qué gilí, que se lo ha creído!».

«Granuja» por desvergonzado o «bribón» es una palabra de abolengo en la literatura madrileña, hasta como título de obras preciosísimas. Como sinónimo existe «guaja». Ser un guaja es ser un granuja y ser un «grullo» es ser «un palomino atontado», paleta, bobo. Y «gorrón» el que se deja convidar siempre. Ser «de abrigo» es ser tremendo y ser «un adoquín» ser rudo y torpe.

Don Manuel Seco recuerda la expresión zumbona de comparar la cabeza sin inteligencia a un adoquín con greñas. Ser «un alma de Dios», ser ingenuo y torponazo. Ser «un primo» es ser un incauto que se deja engañar y no regodearse con las delicias del amor es serlo «alumbrado», pero con ochenta mil voltios. Ser un «besugo» es ser un bobo.

Son infinitas las voces que hallaron en el Paseo feliz acomodo y no del todo negados los modos y maneras de decirlas. «Canelo» por ridículo. «Canguelo» por miedo. «Canearse» por burlarse. «Castigar» por enamorar. «Chanelar» por entender. «Changa» por trato o trueque. «Chipén» por verdad. «Chirlo» por puñalada. «Chirona» por cárcel. «Choteo» por burla o pitorreo. «Chupatintas» por escribiente. «Cobista» por adulador. «Colarse» por enamorarse. «Combina» por plan, trama o truco. «Compinche» por camarada, cómplice. «Conchavarse» por ponerse de acuerdo. «Conquista» por seducción. «Correa» por aguante. «Cursi» por remilgado. «Dátil» por dedo. «Diñar» por morir, «endiñar» por dar. «Extranjis» por tapadillo. «Fachenda» por jactancia, vanidad. «Fetén» por verdadero. «Filar» por mirar. «Fila» por antipatía. «Filfa» por mentira o engaño. «Finolis» por refinado. «Fregado» por riña o enredo. «Frescales» sin escrúpulos, sin empacho. «Ful» falso. «Fulana» ramera. «Gabis» garbanzo y también gabieles. «Gachí» muchacha y «gachó» hombre. «Gañote» la garganta. «Filar» y «Guipar» por ver. «Juerga»